

EDITORIAL

Detectores de metales: una señal de alerta, no la solución

El debate sobre seguridad en los colegios evidencia una crisis más profunda: la violencia escolar no se resuelve con controles, sino abordando sus causas estructurales.

La discusión sobre la instalación de detectores de metales en establecimientos educacionales no es trivial. Surge como respuesta a hechos de extrema gravedad que han remecido al país y que obligan a actuar. En ese contexto, reforzar la seguridad parece no solo necesario, sino urgente. Sin embargo, reducir el problema de la violencia escolar a una medida de control es, a lo menos, insuficiente.

Los propios docentes lo advierten: los pórtricos pueden impedir el ingreso de armas, pero no eliminan la violencia. Esta no nace en la puerta del colegio, sino mucho antes. Se gesta en entornos marcados por la falta de contención emocional, la escasa atención en salud mental, la debilitada

formación en valores y, en muchos casos, en una sobrecarga que el sistema educativo ya no logra sostener.

El riesgo es evidente. Normalizar estas medidas puede llevar a aceptar que la escuela deje de ser un espacio de formación integral para convertirse en uno de vigilancia permanente. Y aunque la seguridad es condición básica para aprender, no puede ser el único eje de la respuesta.

El desafío, entonces, es mayor. Se requiere una mirada integral que involucre a las familias, al sistema de salud y a las políticas públicas. De lo contrario, los detectores de metales no serán más que un síntoma visible de un problema que sigue creciendo bajo la superficie.